

Cuestión C: La laicidad parece ser mal comprendida por la juventud actual:

¿Qué hacer al respecto?

La cuestión de la pérdida de relevancia del laicismo en la sociedad forma parte de la banalidad general de la sociedad actual, tanto en lo político como en lo moral. Es el error clásico de la sociedad occidental: considerar que el sistema político está consolidado y no necesita de la participación de todos los ciudadanos para su mantenimiento y mejora, por lo que no es necesario ejercer los derechos que tenemos -véase el derecho al voto- o velar para que los poderes públicos no los hagan ilusorios.

Como sabemos, no se valora lo que no ha costado esfuerzo conseguir. La posibilidad de ejercer derechos en las democracias occidentales no es especialmente apreciada por un número considerable de jóvenes y personas de mediana edad, quienes nunca han vivido privados de poder ejercerlos y no han necesitado luchar para obtenerlos. El caso de España es un ejemplo muy claro: se trata de un país que vivió durante 40 años bajo una dictadura fascista, sin democracia ni libertades sociales, y que desde hace casi cinco décadas disfruta de una democracia plena. En este contexto, curiosamente, los mayores de 60 años son uno de los sectores de la población que más ejercen su derecho al voto: aquellos quienes vivieron el franquismo y participaron en la transición a la democracia.

En un contexto de hedonismo y despreocupación por el desarrollo de los derechos individuales es normal que, progresivamente, éstos se vayan diluyendo en aras de la seguridad, la cual en realidad no es más que una sutil forma de control social. Además, los frenos morales que imponía la religión no han sido sustituidos por un código ético o de comportamiento cívico y político alternativo, simplemente se han sustituido por el consumo y una oferta de ocio poco educativa.

Cabe destacar que la llegada a Europa de personas con credos religiosos diferentes del cristianismo y con valores distintos en aspectos como la tolerancia también ayuda a que la laicidad pierda terreno. Estas personas mantienen la práctica religiosa como vínculo de identificación grupal y no ven el laicismo en el espacio público como un valor positivo; al contrario, consideran la práctica religiosa como un elemento fundamental para no perder su identidad cultural. Por otra parte, existe cierta falta de respeto a las prácticas religiosas cristianas-católicas, con lo que esta última religión pierde terreno en favor de otras concepciones religiosas más extremas, menos tolerantes y más alejadas de la propia laicidad.

En España nos encontramos ante la generación más laica de nuestra historia, teniendo en cuenta que hace apenas unas décadas la enseñanza de la religión era obligatoria en las escuelas públicas. Hoy, la religión es una opción personal y quizá más privada que en el

último tercio del siglo XX, cuando todo —incluso las inauguraciones de edificios públicos— incluía una ceremonia religiosa. La juventud, por tanto, no ha vivido con tanta intensidad la intromisión en la vida pública de la religión y es difícil que haya una regresión de esta situación. Es cierto que los extremismos han crecido y algunos introducen en su ideario cuestiones que deberían circunscribirse más al ámbito personal/familiar que al público; esto es lo que habría que combatir. Evitar que las imposiciones nos lleven a otros tiempos pasa por mantener un sistema educativo público y laico, que valore la libertad de elección para no volver a la imposición de ideas por mera tradición.

Es obvio que si queremos dirigirnos hacia un entorno social en el que cualquier persona pueda sentirse libre, fraternal e igual, no puede haber dogmas apoyados en una entidad superior que favorezcan o privilegien a algunos sobre los demás, ya que esto resultaría excluyente a muchas otras minorías, incluso mayorías. En tal caso, entrarían también en juego la tradición, el folclore o incluso la cultura popular, incluyendo, por poner un ejemplo concreto, el catolicismo, cuyas costumbres, liturgias y tradiciones están asentados en la sociedad occidental. También entraría en juego la forma en que los poderes públicos acuerdan protegerlo.

Por ello, es peligroso utilizar la tradición como argumento, ya que sirve tanto para honrar a nuestros antepasados y nuestra historia como para perpetuar las barbaridades que suponen un menoscabo de los Derechos Humanos, pues son injustificables hoy en día y debería acabarse con ellas. Las nuevas generaciones están más desapegadas de la tradición y del «hacer las cosas porque siempre se han hecho así» y ese desapego es bueno para seguir avanzando en el laicismo de cara a las próximas generaciones, pues serán los hijos de los jóvenes de hoy.

Hemos dicho,

